



ANITIMORE VERITAS

Erin E. Keller

IN TIMORE, VERITAS

Erin E. Keller

IN TIMORE, VERITAS¹

A la enésima curva tomada a demasiada velocidad y al enésimo rebote sufrido contra la puerta del coche, Brad se volvió para mirar a Scott, quien conducía con la mano derecha sobre el volante, mientras que con la otra se sostenía la cabeza.

—Tal vez, si pusieras las dos manos sobre el volante, yo no estaría en peligro de sufrir un trauma craneal en cada curva. Y tal vez este coche pudiera tener mayor probabilidad de volver mañana al concesionario sin que pareciera haber pasado por un depósito de chatarra para deshacerse del cromado. O bien podrías intentar conducir en lugar de tratar de asesinar al asfalto. ¿Qué me dices de eso, hmm?

Scott, su colega, el otro vendedor de automóviles de M&C Cars, lo miró por el raballo del ojo.

Brad se había visto obligado a dejar que lo llevara a casa al final de la jornada, porque estaba incapacitado para conducir, al haberse roto el brazo el día anterior.

Se conocían desde hacía un año y por lo general se llevaban bien, a pesar de que eran totalmente diferentes: Brad era sosegado y racional aunque extrovertido, mientras que Scott era impulsivo y susceptible, pero siempre cerrado y a la defensiva.

Y justamente aquel día, en aquel habitáculo, sus diferencias eran aún más evidentes y pronunciadas.

¹ Locución latina. Significa algo así como “En el miedo, la verdad”. Se refiere a que cuando las personas están asustadas o reina el miedo, se dice o surge la verdad. Como es una frase hecha, un refrán, decidimos dejarla en su idioma original.

—¿Qué me dices si, por el contrario, te callas y dejas que me concentre en conducir? No quisiera de ningún modo que se te rompiera el otro brazo... —respondió Scott con un profundo gruñido.

—¿Soy yo o esa frase tiene el *sabor* de una velada amenaza?

—Si tú *puedes oír sabores* extraños, no es culpa mía. Es probable que la lesión haya sido más grave de lo que parecía. Te golpeaste la cabeza, ¿recuerdas?

—Recuerdo perfectamente. Volé a una altura nada despreciable y esto —dijo Brad señalándose el brazo escayolado —¡no es algo que uno se olvide de tener!

Scott, dirigió una rápida ojeada a su colega y luego volvió a mirar la carretera. Se sentía en ebullición de la punta de los pies a la de los cabellos. Brad, ese ingrato, había pedido que la enfermera le firmara la escayola. ¡Y a él, no! ¡A él, no! ¡Él, que le había (exagerando la definición) salvado la vida! Él, que lo había llevado entre sus brazos cuando el torpe de su colega, obstinado en probar los patines de ruedas, no había logrado frenar. ¡Uno, a los treinta años, no debería tratar de probar ciertas cosas si no se está más que seguro de sobrevivir! No, esta vez no lo dejaría pasar como si nada. Ninguna firma de Scott, pero sí la firma de Dixie. ¡Inaudito! Dixie. ¿Qué nombre era ese? ¿Qué hace por las noches? ¿Es bailarina de teatro de variedades? ¿Y había necesidad de poner ojitos de ese modo?

No es que Scott no fuese consciente del atractivo de Brad, por el contrario, lo era hasta demasiado. Esas pequeñas marcas en el rostro y el brazo escayolado, de hecho, no hacían más que amplificar el efecto. Tal vez estimulaba el espíritu de enfermera de la Cruz Roja que había en él. Un momento... ¡No era una enfermera de la Cruz Roja! Era un vendedor de coches. El mejor vendedor de automóviles del concesionario, para ser precisos. Y Brad era su colega. Su rival en lo que se refiere a ventas, pero su amigo en lo que respecta a cualquier otra cosa. Y también el hombre del cual estaba enamorado, pero eso era un pequeñísimo detalle.

Ahora estaba cabreado y tenía la intención de permanecer así.

Se daba cuenta de que estaba demasiado rabioso por algo tan insignificante como una firma sobre un yeso, pero tenía sus razones. Como el hecho de que se le hubiese escapado de los labios esa pequeña “*cosita*” cuando Brad yacía inconsciente entre sus brazos...

¿Y quién se iba a imaginar que ese hombre tuviera el oído de un murciélago, incluso cuando parecía que hubiese pasado a mejor vida?

Scott se maldijo a sí mismo por haberse dejado llevar por la emoción. ¿Qué era lo que le había pasado por la mente para abrazarlo y decirle: «*¡No me dejes! Yo te a...*»? Brad había abierto los ojos justo en ese momento, debido a que sí, se había caído y se había golpeado la cabeza, pero por suerte (o por desgracia) perdió la conciencia solo por unos pocos segundos.

¡Mierda! Scott había estado a un paso de decirle “*te amo.*” Por primera vez, su corazón había tomado ventaja sobre la razón y lo había llevado a hacer una declaración de amor. ¡A pesar de que fue Brad quien se había golpeado la cabeza, no él!

Quizá había sido el miedo. Sí, había sido eso. Por otra parte, hay personas que en momentos de miedo extremo pierden el control de su propio cuerpo; él había perdido el control de sus neuronas. O sea, no es que haya mucha diferencia, ¿verdad?

Claro, quizá se había asustado un poco más de lo aceptable. Apenas un poco más. Debió haber sido víctima de un descenso del nivel de azúcar en sangre que le había dañado una parte del cerebro, porque de otro modo no conseguía explicarse a sí mismo cómo había hecho una declaración de amor víctima del pánico debido a una simple caída. «*¡Vamos! ¡Si era como correr a la sala de emergencia por una uña encarnada!*». Sin embargo, durante los pocos segundos que Brad había cerrado los ojos y no respondía a sus llamadas... fue ahí, en aquellos segundos donde había tenido demasiado miedo de perderlo. No podía negarlo. Y fue ese miedo profundo lo que lo llevó a cometer disparates. Sí, había sucedido así. No había otra explicación. No debería darle tanta importancia... Pero, ¿cómo podría no hacerlo? Casi había dicho las tres palabritas mágicas y Brad lo había sorprendido en el acto. Sólo quedaba esperar que, estando aún aturdido por el golpe, no se hubiese percatado...

Era verdad que en las últimas semanas la relación que tenían se había vuelto cada vez más íntima y ambigua, pero ninguno de los dos había abordado con claridad el tema, y mucho menos lo había proclamado a los cuatro vientos.

—Qué callado estás... —continuó el ingrato mirando indiferente hacia el exterior por la ventanilla.

—No tengo mucho que decir —murmuró Scott, comprobando el tráfico en el retrovisor. «*Y ya he dicho decididamente demasiado*», pensó luego avergonzado hasta la médula.

—¿Tienes algún problema conmigo? —preguntó finalmente Brad volviéndose hacia él.

—¿Si tengo algún problema contigo? ¿Y por qué debería tener un problema contigo? Te das a ti mismo demasiada importancia, ¿sabes? En definitiva, sólo corrí en tu rescate y nada más, ¿verdad? ¡Qué quieres que haga! No veo por qué deberías haberte comportado de un modo diferente de cómo te comportaste. Sobre todo porque es justamente así como siempre te comportas, ¡así que yo diría que has estado perfectamente en línea con tu actitud de vendedor de coches denodado!

Brad escuchó a su colega, casi trastornado por ese río de palabras.

—Menos mal que no tenías mucho que decir... Y como siempre, amontonas las palabras de una manera extraña —murmuró finalmente curvando los labios en una sonrisita irónica.

—¡Mira, que puedes bajarte del coche y caminar a pie hasta tu casa si te molesta tanto mi compañía!

Brad alzó la palma de la mano libre y giró ligeramente el torso para poder ver mejor a su colega.

—De acuerdo, ahora cálmate y hablemos. ¿Por qué debería molestarme tu compañía? —preguntó genuinamente curioso y también un poco... ¿complacido?

—Oh, no lo sé. ¡Dímelo tú!

—Yo no tengo nada que decir. Eres tú el que está cabreado como una comadreja.

—¡Bueno, quisiera verte a ti! Yo... yo te salvé, ¿de acuerdo? Sin embargo, tú le has restado importancia a todo! De acuerdo, fue una simple caída, pero me asusté. ¡Podrías haber sufrido un daño permanente! **¡Y no me has pedido que firme la escayola!** ¡Sin embargo te lo has hecho firmar por esa... *Dixie!*

El nombre de la enfermera salió de los labios de Scott, con un tono tan disgustado que Brad no pudo hacer otra cosa más que sonreír.

—¿Qué pasa? —preguntó inmediatamente Scott.

—Nada... ahora entiendo...

—¿Ahora entiendes ? **¿Qué es lo que entiendes?** ¡No, no, que no has entendido!

Brad no respondió sin embargo, se limitó a asentir con la cabeza y a mirar por la ventanilla.

—**¡Hey!** —le reclamó su colega— **¿Qué es lo que entiendes?** ¡Estoy seguro de que no entendiste nada!

Brad estaba a punto de reír, pero no podía hacerlo: hubiera hecho explotar a Scott.

—Sí, está bien, tienes razón... —murmuró tratando de contenerse.

—**¡Me das la razón como a los locos!**

—Precisamente.

Scott cerró los labios y giró el volante para estacionar el coche frente a la acera de la fachada de la casa de Brad. Sin apagar el motor, esperó a que su colega bajase. Sentía las orejas en llamas y se debatía entre el deseo de besarle como un loco o darle una paliza. Claramente esas dos cosas no eran compatibles.

—¿No te bajas? —preguntó Brad abriendo la puerta.

—¿Y por qué debería bajarme?

—Scott... —suspiró Brad exasperado—. Ha sido un largo día... ¿podríamos no discutir?

—**¡YO NO ESTOY DISCUTIENDO!**

—No, en efecto. Te estás comportando como un chiquillo caprichoso.

—¿Cómo? Yo no me estoy comportando como un niño caprichoso. ¡Simplemente estoy poniendo en evidencia el hecho de que te comportaste como un idiota!

Listo, lo había dicho. Y punto final. Ahora Brad se bajaría del coche y lo mandaría al diablo. Scott sabía que pasaría. Estaba preparado.

Pasaron unos segundos en silencio y luego Brad descendió realmente del coche por lo que Scott tuvo que recurrir a toda sus fuerzas para no detenerlo y pedirle disculpas, ¡además, no era él quien debía disculparse! **¡Qué demonios!**

Pero cuando vio que Brad no se estaba dirigiendo hacia la puerta de la casa, sino que estaba girando alrededor del coche para acercarse a la puerta del conductor, la boca de Scott se secó repentinamente y su corazón empezó a redoblar los latidos.

La puerta se abrió y Brad le hizo una señal con la cabeza.

—Vamos, baja.

—¿P-por qué tendría que bajar? Me voy a casa ¿Y tú vas a quedarte en reposo... no?

—Scott, baja.

Este tomó una honda inspiración y salió del coche, encontrándose tan cerca de Brad que no le dejaba ningún margen de maniobra.

—¿Y ahora que ya estoy abajo? Brad, en serio, es de noche, déjame ir a casa...

—¿En serio me amas?

«*Oh, mierda.*»

—Uhm... ¿eh?

Scott Ford se quedó sin palabras. Un acontecimiento para conmemorar en los anales de la historia.

Brad inclinó la cabeza hacia un lado y fijó la vista en los ojos de su colega, esperando pacientemente una respuesta. No, él no había hecho una pregunta retórica. Quería realmente conocer la respuesta y Scott estaba a punto de reventar.

—¿P-por qué me preguntas eso? Quiero decir... ¿Quién puso esa idea en tu cabeza?

—¿Quién crees? —preguntó Brad sonriendo casi con dulzura.

Scott se esforzó por sonreír y levantó una mano, golpeándose la frente con ella.

—¡Oh, por... *aquello!* ¡Por supuesto! *Aquello!*... quieres decir eso que... dije... casi. —Carraspeó—. Oh, pero... no, ha sido un segundo... es que te habías desmayado... me dejé llevar... ¡imagínate!

—Oh —dijo Brad dando un pequeño paso hacia atrás—. Así que fue una cosa así... sin ningún significado —murmuró luego asintiendo.

—¡Exacto! —respondió Scott con una sonrisa estúpida, dándose cuenta de repente del nivel de idiotez que acababa de alcanzar—. ¡Quiero decir, no! ¡Sí... pero no!

Brad alzó las cejas y luego entrecerró los ojos.

—¿Me puedes ayudar a entender? Porque se me escapa un poco la cosa del "*sí -pero- no*".

Scott movió los dedos con nerviosismo a lo largo de sus costados y buscó con la mirada detrás de Brad, en la oscuridad, una respuesta que le dejase algo de dignidad.

—Ha sido algo así... —respondió con un hilo de voz—. En el sentido de que me vino así, espontáneamente... pero no fue sin significado... —admitió finalmente, derrotado y violáceo.

Brad sonrió de nuevo antes de hablar imitando el balbuceo de Scott de ese día, deteniéndose después de la 'a' como él lo había hecho.

—¡Brad, por favor no bromees! —se lamentó Scott antes de callarse de golpe.

No, Brad no se estaba burlando de él. Brad se estaba declarando.

—¿Siempre te tienes que quejar de todo? —murmuró este, sacudiendo la cabeza.

—Actúa como si no hubiésemos dicho nada, ¿de acuerdo?

—¿Cuándo? ¿Ahora o durante toda la noche? —Scott estaba a punto de responder, pero la expresión de Brad era divertida y en sus ojos había una chispa de deseo que no podía ser ignorada, por lo que Scott comprendió que era hora de dejar de esconderse. Alzó la cabeza y se aferró a la camiseta de su amigo.

—¿Tú qué dices? —susurró fijando la vista en sus labios.

—Digo que es posible que te ganes una firma sobre el yeso... —murmuró Brad inclinándose hacia él.

—Pero yo no soy Dixie...

—Gracias a Dios, diría yo...

Las últimas palabras fueron pronunciadas en un susurro casi inaudible, soplado sobre los labios de uno al otro.

Fin

Sobre la autora

Erin E. Keller vive con su esposo y varios gatos en una casa al lado de un campo de trigo. Escribe desde hace cinco años, a veces con su nombre real, otras bajo un seudónimo. Le gusta dejar vagar la mente en el mundo real más que en el fantástico, por lo que sus historias van desde lo contemporáneo a lo histórico, las novelas negras o el suspenso, en lugar de contar historias de hadas del bosque o criaturas morfológicamente inhumanas. Le encanta escribir sobre el amor.

<http://erinekeller.wordpress.com/>